

Carlos Villar Flor

MEMORES ACOMPAÑADOS

—Uf, qué cola hay hoy. De media hora no baja.

—Ni que lo digas, cari. Pero, no importa. Nos ponemos, ¿no?

—Por supuesto, Quico. Ya que hemos llegado hasta aquí... Mira, seguro que esta fila va más rápida.

—¿Nos dividimos en dos, a ver quien...?

—Esto... mejor no. Podríamos perder a Joselito.

El matrimonio se situó dócilmente en su sitio de retaguardia mientras el peque remoloneaba ante la cartelera. Fifi le miraba y no podía evitar retrotraerse a su infancia, a las peculiares emociones del cinematógrafo percibidas por una mente infantil incontaminada, a las promesas cautivadoras de los tráilers, al sonido envolvente y retumbante, al estremecimiento del instante de oscuridad, a la magia de una nueva historia que se abría magnificada ante los despiertos sentidos. Cómo disfrutaría a sus siete años, pensaba, quién pudiera, y un escalofrío de goce mezclado con nostalgia le recorrió la espina.

—Joselito, ven aquí, hombre, que te nos vas a perder.

Joselito no dijo nada y obedeció. Las muchedumbres seguían llegando por todas partes, atiborrando las seis filas de cinéfilos dispuestos a apantallarse un sábado más. En efecto, al minu-

to de colocarse en la cola ya tenían unas ocho o nueve personas detrás, sin que eso supusiera un avance significativo por delante. El calor de unos grandes almacenes abarrotados en tarde de sábado empezaba a volverse opresivo. Quico se quitó la chaqueta y se abanicó con el díptico de la programación.

—Uf, la verdad es que yo prefería los cines tradicionales. En el centro de la ciudad, para ir y volver dando un buen paseo, sin tanta cola...

—Ay, cari, eso es el pasado. Hay que ser modernos, hombre. Ahora todos los cines están a las afueras, en las grandes superficies. Pero mira el lado positivo, menudas salas, cari. El sonido espectacular, los tapizados de piel, una perchita delante para colgar el bolso, un respaldo que te protege las cervicales, puedes estirar las piernas lo que quieras, hay hasta sitio para poner las palomitas.

—Por cierto... ¿Salgo a comprarlas ya, o prefieres después de sacar las entradas?

—Igual mejor después.

Joselito seguía callado y se distraía disparando tiros imaginarios a los circundantes. Fifi volvió a recordar su infancia. Yo a su edad era más expresiva, más ilusionada ante las cosas. Estos niños de hoy en día están tan acostumbrados a que se lo den todo hecho que no lo aprecian. Yo en su lugar estaría dando botes de alegría, por el mero hecho de que me llevaran al cine. La semana antes

y la siguiente. Además, la primera parte de *Pippa y Smrogg* fue espectacular.

—¿No te gustó la primera parte de *Pippa y Smrogg*, Joselito?

—No la he visto —contestó sin dejar de disparar.

—¿Cómo puedes decir que no la has visto? Si te trajimos nosotros...

—No me acuerdo...

—Pero Quico, ¿has oído? Dice que no se acuerda.

—Déjale, mujer. Con tanto cine y tele y videos que ven los niños hoy en día...

—Sí, pero... ¡de ahí a no acordarse! Si todas las críticas dicen que *Pippa & Smrogg* es, hasta la fecha, la obra maestra de la Disney. Ahí es nada. Pues no tiene fama la Disney ni nada. ¿Cuántos años lleva la Disney llevando la magia del cine a millones de niños? ¿Un siglo?

—Creo que no tanto, cari.

—¿Y tampoco te acuerdas de la canción estrella, que canta Enrique Iglesias, titulada "Busca la estela de la luz de tus ojos en mi interior"? Es cautivadora...

—¿Enrique qué? —replicó el niño, esta vez más concentrado.

—¿Y tampoco te acuerdas de la mascota tan simpática de Pippa, el ciempiés Alpidio, que la salva de las garras de la cruel Anacano?

—Ni idea.

—Pues estamos listos... —zanjó Fifi, volviéndose un tanto decepcionada hacia el frente. La muchedumbre seguía creciendo y la cola no avanzaba con suficiente rapidez. A Fifi le entró la cruel sospecha de que las otras cinco colas avanzaban más deprisa, y por un momento efímero se enfadó con su marido por su poco pesquis. ¿Y si al final

se quedarán sin entradas? ¿Después de todo? El grupito detenido ante su taquilla ahora mismo parecía dubitativo, y por consiguiente se hallaban bloqueando el avance. Se sintió tentada a gritarles algo, pero una vez más su sempiterna prudencia y circunspección se impusieron. La fila de al lado, sin duda, corría mucho más aprisa. Ahora, por ejemplo, acababan de despachar a un grupito de cinco, formado por un adulto y cuatro niñas que parecían clónicas salvo por sus alturas escalonadas. Al volverse el susodicho, Fifi le reconoció de inmediato.

—Cari, no mires, pero adivina quién anda ahí. Con *sus cuatro hijas*... Exacto, pero no mires, que parece que no nos ha visto y pasa de largo...

Pero no cayó semejante breva, y don Florencio, fiel a su hábito de otear en derredor con sus ojillos de zorro al darse la vuelta, localizó de inmediato a Quico y familia.

—Hombre, Martínez —saludó—, creo que venimos a lo mismo, ¿eh?

—Ah, hola, don Florencio. ¿Qué tal está? Sí, hay que descansar un poco..., con la familia, je.

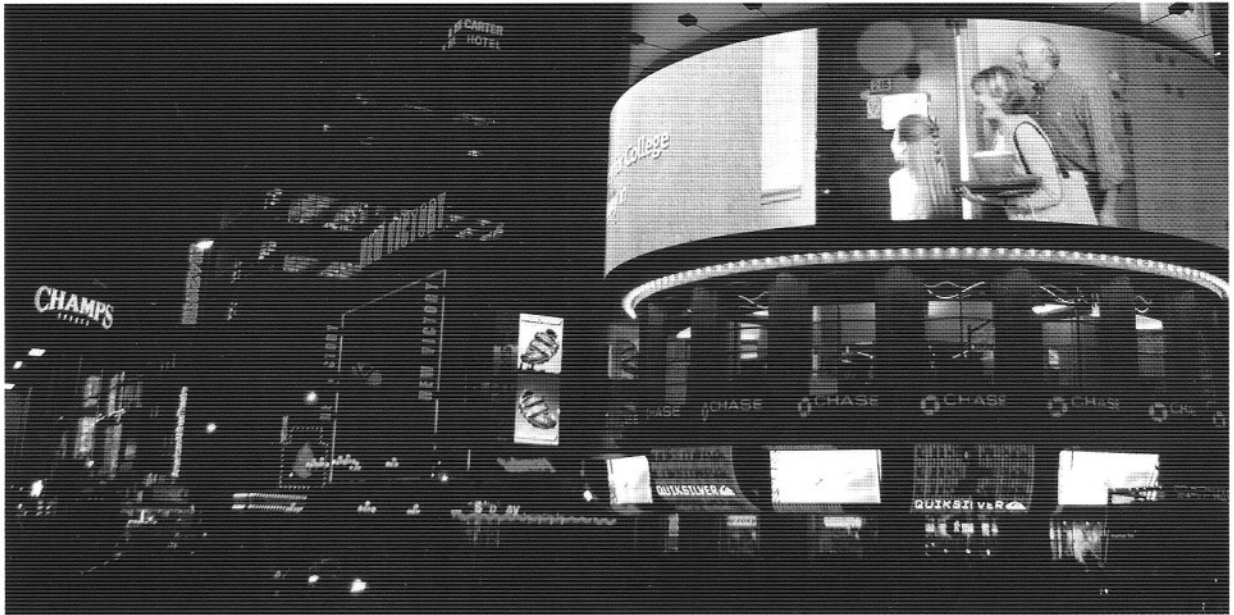
—¿Y este niño tan guapo? Porque tú no tienes hijos, ¿verdad?

—No, je, claro. Es mi sobrino Joselito. Joselito, saluda a don Florencio. —Pero el interpeado parecía demasiado ocupado haciéndole muecas a la hija menor de don Florencio.

—¿Y a qué película vais?

—A *Pippa y Smrogg*. La segunda, vamos... —se apresuró a afirmar Fifi.

—Ah, pues ahí nos veremos. Estos días nadie que tenga niños puede librarse de verla... Mi mujer es más lista que todo eso, hoy se ha escaqueado. Que si tenía que cuidar a mi suegra, ja, qué cara... En fin, os dejo, que estas no perdonan. Hasta luego, pues.



—Adiós, don Florencio...

—Ah, y el lunes no te olvides de hacer esa gestión, ¿eh? Que ya llevamos retraso.

—Descuide, descuide. Adiós.

—Hasta aquí nos le tenemos que encontrar... Qué lata, ¿eh?

—Pues imagínate si encima no...

—Calla, calla. Ya me hago cargo.

El tiempo pasaba, el calor apretaba, el ruido multitudinario aumentaba. Quico miró hacia su derecha, hacia atrás, hacia su izquierda, y cada vez que lo hacía Fifi parecía arrastrar la vista al unísono en un perpetuo ademán de solidaridad desasosegada. Joselito seguía entreteniéndose solo, esta vez cerrando los ojos y estirando los brazos al frente como una especie de zombi clásico. En una de sus rutinarias inspecciones nerviosas, Fifi distinguió con nitidez a Arbiza, con su mirada gris y fría en control de la situación.

—No mires ahora, pero acabo de ver a Arbiza.

—Ya me lo imaginaba. ¿Nos ha visto?

—Me apuesto a que sí. Es un buen profesional.

—Si no le saludamos, él no nos saluda. Es la costumbre.

—Pues vale. Ni ganas que tengo, si te digo la verdad.

Sin embargo, Quico no pudo resistir la curiosidad e intentó mirarle discretamente de reojo. En vano, pues Arbiza enseguida acusó recibo y le dedicó un sonrisa condescendiente que flotaba sobre su papada.

El cálculo de media hora se quedó corto. Fifi se angustió más de lo que le convenía a su salud y durante los cinco últimos minutos no dejó de repetir "No quedan entradas, lo veo, no quedan entradas", como una especie de letanía. Joselito daba vueltas sobre su eje mirando al techo, como

soñando con nubes. Por fin les llegó el turno. Quico se hizo cargo de la situación, pues Fifi estaba demasiado azorada. De pronto se volvió preocupado: –Fila uno. ¿Qué hacemos?

–¿Y volver otro día? Ni hablar. La uno está bien. Estos cines son amplios. La uno de cabeza.

Se retiraron de la cola con las tres entradas. Apenas quedaba tiempo para cenar algo. Inicialmente pensaron que en un *Pans and Company* acabarían antes, pero tras quince minutos en la cola tuvieron que desistir.

–Ya picaremos algo a la salida. Es que si sigo ahí me da algo –gimió Fifi.

Caminaron en silencio hacia la barrera del revisor, que hacía de embudo ante la marabunta de cinéfilos que coincidían en las diversas sesiones de las nueve. El chico pulcramente uniformado les dividió las entradas mientras les decía: “Sala doce, al fondo del pasillo a la derecha”. Podrían poner más revisores, pensó Fifi, con lo que cobran. Cuando ya estaban a punto de llegar, Joselito fue por primera vez consciente de que no iba a tomar su merienda-cena, y su actitud autogestionaria anterior se mudó de pronto: –Quiero comer. Me dijisteis que íbamos a comer antes.

–Calla, Joselito, guapo. Es que no da tiempo.

–Sí. Te prometo que cuando salgamos nos iremos los tres a cenar a un sitio estupendo.

–Yo quiero ahoooooora. Tengo hambre. Quiero comer ahora, no luego.

–Pero, niño. Que está a punto de empezar... Igual ha empezado ya. No querrás perderte el comienzo, ¿verdad?

–Me da igual. Tengo hambre. Quiero comer.

–Pero... Joselito.

–Prometisteis que íbamos a comer...

–Ya, pero, entiende. Había unas colas enormes... La peli acaba de empezar...

–Yo quiero comeeeeeeeeer.

Varias caras de padres se volvían. ¿Y si alguien les acusara de maltrato? ¿Y si don Florencio apareciera de pronto? Joselito parecía intuir el malestar y perseveraba con tenacidad diabólica.

–La verdad, cari, como se entere Arbiza...

–¿Qué quieres decir?

–Si no comemos, me chivo –insistió Joselito.

–A eso me refería..., más o menos...

–¿Estaba prevista la cena?

–Sí, sí...Lo que no se habló es de cuánto...

–Ya lo tengo. Te vas a por unos perritos calientes y hacemos que se calle la bendita criatura...

–A ver si está el puesto libre...

–Date mucha prisa. Estoy ya de los nervios.

Fifi se quedó intentando aplacar a Joselito, que perseveró en la fase estratégica de explotación del éxito. No dejó de dar guerra hasta que llegó Quico con un par de perritos calientes y una Coca-Cola, y el niño se apaciguó como por ensalmo.

Por fin consiguieron entrar entre penumbras y pisotones, y se acomodaron en la primera fila. Se ve que habían puesto muchos tráilers, pues la película apenas había empezado. En ese momento Fifi fue consciente de cierta incomodidad incontinente. ¿Salir ahora o aguantar molesta las dos horas largas? Si tenía que elegir entre perder unos minutos del comienzo o pasar un infierno durante la proyección, mejor sería optar por lo primero.

–Ahora vuelvo, Quico.

–¿A dónde va? –preguntó Joselito.

—Ahora mismo vuelve.

Pero apenas hubieron transcurrido unos minutos de su regreso, la molestia incontinente pareció contagiarse. —Yo también quiero hacer pis —protestó Joselito. Esta vez Quico reaccionó con prontitud—. Yo me hago cargo, cari. Ahora venimos. —Fifi les vio alejarse, suspiró profundamente y se hundió en la butaca ergonómica en busca de una paz que se le negaba.

Pero tras este incidente, la paz se dejó caer. La magia de la ficción surtió efecto, y durante el resto del tiempo que duró la proyección no hubo más preocupaciones en el mundo que los avatares de Pippa y su fiel Smrogg, siempre acompañados del gracioso ciempiés Alpidio, al ritmo de la banda sonora compuesta por Alejandro Sanz e interpretada para los países de habla hispana por Enrique Iglesias. El deleite les arrulló de tal modo que las dos escasas horas transcurrieron como una amable ráfaga de armonía y colorido. Pero todo llega a su final, y de pronto descubrieron que eran los últimos en la sala con excepción de los malencarados limpiadores. Fifi había insistido en oír la última canción de los créditos y en ver el plantel de dobladores del último fotograma.

—Lo sabía, la voz de Anacano era la de Ana Obregón. Lo sabía...

—¿Nos podemos ir ya, cari?

—Sí, por mí sí. Buenas noches.

Sin ser contestada por los jóvenes limpiadores, Fifi dio la mano a Joselito, que estaba increíblemente sedado. Al salir de la sala soltó un bostezo y se estiró con saña.

Bajo las escaleras mecánicas, en el lugar convenido, les esperaba Arbiza. Su papada era in-

confundible, igual que ese aire de suficiencia acentuada por los ojuelos grisáceos dormilones pero atentos.

—¿Qué? ¿Estuvo bien la película? —preguntó con indiferencia.

—Estupenda. Supera a la primera, si es posible.

—Y parece que habrá tercera parte... No me la perdería por nada...

—Pues ya saben. Aquí estamos, pa eso y lo que haga falta. Parece que Joselito se lo ha pasado en grande, ¿verdad, monstruo? —El niño contestó con otro bostezo descomunal, tras el cual musitó algo así como “quiero irme ya”.

—No le culpen. Es que la ha visto ya cinco veces. Bueno, granuja. ¿No te despides de los señores?

—Adiós —articuló.

Quico y Fifi permanecieron en pie un rato mientras Arbiza y Joselito se alejaban hacia el aparcamiento subterráneo. —Mejor que no conozca tu coche —le recomendaba siempre Fifi—. Contra menos información, mejor.

—¿De verdad que te ha gustado? ¿Lo has pasado bien?

—Mucho. Pero la próxima vez no cogemos a este. Ha dado mucha guerra al principio, y luego se ha pasado la película haciendo ruidos. Prefería mil veces a Mónica.

—Yo también —concedió Quico con una leve agitación—. Pero ya está muy mayor. Ya... no se dedica a esto.

—En fin, ellos sabrán. Pero lo menos que podemos pedir es que nos dejen ver la peli en paz, ¿no es verdad? Qué menos, con lo que cobran, ¿no?